

LA OTRA ORILLA de Elisa Mercedes Strinatti

Ráfagas irascibles arrastraban cualquier cosa y un viento helado arrancaba las hojas de los árboles.

Apenas podía sostenerse, pero recostándose cada tanto contra las paredes, comenzó a caminar hasta que halló reparo. Desde ahí observaba. Algunas personas retornaban a sus hogares después de un día de trabajo. Recordó noches de tormenta cuando llegaba a su casa después de la fábrica, cuando lo recibía un olor a guiso de lentejas o polenta con tuco.

¡Hacia tanto tiempo de eso! Había olvidado como era despertarse una mañana de domingo acurrucándose con su pequeña hija de cachetes rosados, tan suaves y como era levantarse, desayunar con su pareja y proyectar la semana. Demasiada era la distancia entre esta noche y aquellos tiempos... Ya no recordaba costumbres familiares, abrazos, caricias, el aroma del jazmín cuidado por su madre, el color de los malvones del jardín.

Acurrucado contra la vidriera lo venció el sueño, hasta que fue despertado por un fuerte taconear. Sintió frío y hambre. Con dificultad se incorporó, miró hacia uno y otro lado y comenzó a caminar hacia la estación de servicios, a mitad de cuadra le pidió un cigarrillo a un joven que pasaba, se frotó las manos y siguió. El chico de la cafetería salió a darle algo de comer, como tantas veces, para que no entrara. Deambuló por las calles y por fin llegó al barrio donde conseguía lo habitual. Los conocidos hicieron una vaquita para el vicio. Esa sería la última vez.

Cuando despertó en la cama del nosocomio pasado el delirio y las alucinaciones, se halló entre extraños. Cerró los ojos y sintió que un muro gris lo rodeaba, oyó voces y campanadas. Tuvo la sensación de estar en una canoa navegando en un río de aguas claras. Un viento suave le acariciaba el rostro. No podía dejar de recordar en ese instante, la carita de su pequeña que desde hacía mucho había dejado de ver.

Remando como pudo, comprendió que por fin había cruzado a la otra orilla.